

Educación de la inteligencia y la voluntad como formación para la contemplación y la acción

María Consolación Isart^{*}

El presente artículo presenta algunos de los diferentes retos del educador. Entre ellos el enseñar a pensar bien, para que el estudiante sea capaz de discernir en medio del bombardeo de información al que se encuentra expuesto. La educación de la voluntad es urgente porque solo cuando la voluntad vence las dificultades una y otra vez, genera hábitos que facilitan el obrar y van perfeccionando a la persona. Urgente es también la contemplación, porque hoy más que nunca se requieren espacios de silencio como la mejor terapia para aprender a valorar la riqueza de nuestro mundo interior y poder recuperar fuerzas espirituales. El silencio es un valor imprescindible en el proceso formativo de una persona; en él se halla la base de la reflexión, sin

^{*} Decana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación de la Universidad San Pablo-CEU, Madrid.

la cual el hombre es incapaz de conocerse y, por tanto, de educarse. Por su parte, el educador para cumplir su labor debe hacerlo con optimismo y sin complejos, pero siendo ante todo realista, claro, constante y amoroso, asumiendo su labor con verdadera vocación.

Hay doctrinas educativas poco llamativas, pero muy eficaces, y que aún no han sido suficientemente explotadas. Aprovechar lo que otros descubrieron es muchas veces más interesante que descubrir algo sorprendente que asombre al mundo.

Es cierto que vivimos uno de los momentos más apasionantes y a la vez más complejos de la historia. En una primera impresión parece que el siglo XX ha sido un siglo repleto de logros; y no podemos negar que en cierto modo ha sido así. Sin embargo, junto a los grandes avances de la técnica, nos encontramos con el abrumador fracaso de las promesas del humanismo ateo en el siglo XX:¹ dos guerras mundiales, doscientos millones de víctimas, genocidios, terrorismo, totalitarismos comunistas o nacional-socialistas, desprecio de la libertad religiosa y de la vida humana, etcétera. Hemos alcanzado importantes avances humanitarios, pero al mismo tiempo hemos aplastado de lleno la dignidad humana. Si hay algo evidente a principios del siglo XXI es que ni la economía ni la política son suficientes para resolver los problemas esenciales de todo hombre.

Por otro lado, vivimos en una sociedad de grandes medios y de escasos fines. Dominamos el mundo exterior, pero apenas controlamos el interior y comprobamos con terror cómo al desarrollo científico no le ha acompañado un similar desarrollo moral. En nuestra cultura se extiende por doquier el discurso que da prioridad a la eficacia sobre la verdad,² a lo útil frente a lo bueno. En esta cultura posmoderna, ¿es posible aún plantearse la educación

¹ Con Descartes se diviniza la razón. Pero el racionalismo no abre al hombre al mundo cognoscitivo, sino que lo encierra cada vez más en su propia subjetividad (significa, en realidad, volver a un estado primitivo, donde la razón se torna monstruosa, generando nuevos mitos y nuevos miedos); del racionalismo surge la Ilustración y la Revolución Francesa (más todas las filosofías de los siglos XIX y XX); el racionalismo lleva a la secularización y esta al laicismo.

² Si no existe la verdad, solo quedan las opiniones; toda violencia está justificada.

de la inteligencia?, y más aún, ¿podemos pensar en educar la voluntad de cara a la contemplación y a la acción?

Aunque parezca que el relativismo es la única verdad absoluta, el único postulado que no se puede cuestionar, que todo se encuentra orientado a la mediocridad,³ no es cierto. Si se eliminan las cumbres a favor del relativismo, del qué más da, del todo vale, no sería posible ni la comunicación interpersonal, ni, por supuesto, educación alguna. Si todo diera igual, si todo valiera lo mismo, ¿qué sentido tendría la educación?

Con todo, no podemos olvidar que el hombre conoce que se da una gran distancia entre lo que él es y lo que debería ser, que ha de recorrer un camino en el campo intelectual, afectivo y ético, que como todo ser vivo es un proyecto que debe realizarse a lo largo de toda la vida.⁴ La actividad educativa, pues, tiene como fin lograr que el hombre haga uso de su libertad de forma recta y permanente y se apoya para ello en el sentido de responsabilidad.

Aquí se ubica de manera especial la vocación del educador, que nunca será un mercader que entrega un cúmulo de conocimientos para que el alumno rinda en la sociedad, sino esa persona abnegada, que, dominándose a sí mismo, ha tenido la valentía de ponerse en marcha para empujar a otro. Requiere un trabajo silencioso y oculto.⁵ Es cierto que la educación ha pasado de manos personales a fuerzas anónimas –la calle, la noche, la televisión, las masas–, que con frecuencia se deja de ofrecer a cada alumno un proyecto personal para entregarle simplemente una transmisión cultural de lo acumulado durante siglos. Esto hay que hacerlo; si no, cada generación se vería obligada a reinventar la rueda. Pero el objetivo de la educación hoy,

³ “Es el narcótico más potente. Se trata de la idea de que las tradiciones y las culturas tienen todas el mismo valor [...] Es una monstruosidad conceptual y una contradicción lógica” (Marcello Pera, presidente del senado italiano que se confiesa no creyente).

⁴ Sin embargo, en otro sentido, quizá la educación se hace más fácil hoy cuando el hombre es más consciente que en otras épocas de su propia dignidad y de su derecho a participar activamente en la vida social (se requiere el desarrollo de todas las dimensiones de la persona). Nunca en la historia se ha dado un movimiento pedagógico más rico.

⁵ Debe poseer, al menos: ideas claras, voluntad constante, corazón generoso, gran realismo, mucha paciencia y un gran sentido del humor. Ha de ser suave en las formas y firme en la exigencia, con una estrecha vinculación con el educando, pues toda tarea educativa es personal.

en un mundo tan lleno de cambios, no puede quedar tan restringido. Si no hacemos otra cosa que la transmisión cultural, la educación pronto caerá en desuso. El hombre del tercer milenio va a necesitar nuevas habilidades técnicas, la habilidad de criticar y comprender aspectos de la vida que obligarán a tomar decisiones personales.

Es importante que el alumno sepa que:

- no todo vale lo mismo
- es necesario el esfuerzo
- es preciso el premio y el castigo
- es fundamental la educación en valores cristianos porque son intemporales y universales, innatos al hombre mismo.

Estos hábitos hay que fomentarlos desde muy niños. Es imprescindible que al niño se le den criterios desde pequeño, de lo que está bien y de lo que no –incluso con premios y castigos–, de lo que puede hacer y de lo que no, de lo que debe hacer y viceversa; que sepa que no todo vale lo mismo y, sobre todo, que nada importante se logra sin mucho esfuerzo. Es el único modo de asegurar una personalidad madura en no mucho tiempo.

La educación de los que tenemos a nuestro cargo ha de afrontarse con dos condiciones previas: mucho optimismo y nada de complejos.

Optimismo, pero sin dejar de ser muy realistas. Los alumnos no son máquinas programadas de antemano. Conocemos muchos casos en los que los hijos han recibido muy buena educación en sus familias y, sin embargo, ellos se rebelan ¿por qué? Pues porque el hombre es libre, así de sencillo. Nosotros podemos –debemos– poner todos los medios a nuestro alcance, pero eso no garantiza siempre el éxito.⁶

Sin complejos. Hoy menos que nunca. No podemos siquiera insinuar que no estamos preparados para educar. Conscientes, desde luego, de que educar siempre produce dolor (los griegos lo sabían muy bien: “sólo quien ha sufrido, sabe”).

⁶ El mejor Maestro, que, además, sólo tuvo doce discípulos, ni siquiera lo consiguió por completo.

La primera cualidad de todo educador es ser muy realista, darse cuenta de que se deben cultivar a la vez todas las potencialidades del alumno para lograr la unidad interior de cada uno, una coherencia total entre lo que piensa y lo que vive, pero sabedor de que esto no se logra sin mucha paciencia. De esta manera llegamos a nuestro tema; se trata de enseñar a pensar con claridad, a querer con constancia, a amar sin egoísmo, es decir, educar la inteligencia –dándole criterios sólidos–, la voluntad –imprimiéndole constancia y firmeza en sus decisiones–, y el corazón –enseñándole a equilibrar sus afectos.⁷ Toda educación que quiera ser integral ha de abarcar estos tres aspectos, pues, de no ser así, el alumno será fácilmente manipulable.

Educación la inteligencia

Durante siglos se ha considerado que la educación consistía en la acumulación de conocimientos que el profesor transmitía a los alumnos y estos debían repetir casi de memoria. Pero el aprendizaje eficaz se da cuando se consigue el desarrollo de la comprensión, el análisis, la aplicación, la síntesis. Hay que añadir además la reflexión, para que los estudiantes valoren la importancia de lo que estudian, maduren como personas y asuman con responsabilidad sus tareas en la sociedad.⁸

Enseñar a pensar con rigor y honestidad es hoy, más que nunca, una exigencia de nuestro tiempo; es el mejor antídoto contra la superficialidad de la sociedad que nos rodea (nos despersonaliza, nos lleva a uniformar criterios, puntos de vista, actitudes ante la vida). La presión del ambiente puede llegar a tiranizarnos. Es fácil, por ello, que el joven contemporáneo sea más frívolo y superficial que el de otras épocas (Morales, 2011, pp. 185-186). En un mundo en donde los medios de comunicación nos aturden con un sinfín de noticias diarias y pretenden que vivamos siempre fuera de nosotros mismos,

⁷ Triple es, pues, el objetivo de la educación. Cabeza de hielo para poder pensar con rigor y juzgar con objetividad; mano de hierro para actuar sin contemplaciones y corazón de fuego para amar con pasión.

⁸ Novedad en la pedagogía de las escuelas jesuíticas en el siglo XVI.

se hace imprescindible saber leer un periódico, criticar una película, juzgar un comentario; tener, en una palabra, las ideas claras para no convertirnos en marionetas que bailan al son de las últimas consignas en el poder. Tener criterios propios es privilegio solo de unos cuantos, de los que a lo largo de muchos años han cultivado su inteligencia, su voluntad, su corazón.

Enseñar a pensar bien es, entonces, la primera tarea de todo educador.⁹ El hombre que piensa se hace profundo, no se contenta con las primeras impresiones, ni se deja llevar con facilidad de las apariencias o de los eslóganes de moda, sin analizar despacio lo que tienen de verdad. El formador ha de llenarse de paciencia y buen humor, renunciando a la prisa hasta conseguir que el alumno llegue a descubrir la verdad por sí mismo; ello requiere más esfuerzo, pero es mucho mayor la alegría de encontrarla.

Aprender a pensar bien no es adquirir mucha información –se queda en mera instrucción–, sino, más bien, lograr una sólida formación intelectual.¹⁰ En *Un mundo feliz* Aldous Huxley nos presenta una sociedad en la que, cuando los gobernantes comprenden que la cultura es un instrumento para que los ciudadanos puedan pensar por cuenta propia, impiden que tengan demasiado acceso a ella, en particular a la historia y a la literatura. Llama la atención que se imponga ahora la desmemoria en nuestros sistemas educativos y se promueva el entretenimiento, pues de algún modo todo parece recordar a una variante light del lavado de cerebro.¹¹ Materias como la lengua, la literatura, la historia, el arte, aumentan la comprensión del niño, le ayudan a pensar por cuenta propia, aunque no tengan el sentido de “utilidad” que hoy se busca. Es cierto que no son materias de moda en nuestra sociedad actual,

⁹ “La mayor parte del sufrimiento humano acontece porque, cuando tenemos que pensar, sentimos y viceversa” (un autor inglés).

¹⁰ “Enseñar es instruir, enriquecer la inteligencia con nuevos conocimientos. Educar, sin embargo, es mucho más, es desarrollar armónicamente todas las potencialidades del hombre [...] es enseñar a pensar hondo, a querer con eficacia, a amar con intensidad” (Morales, 1985, pp. 403-405).

¹¹ Es en la familia donde primero se ha de educar en el hábito al estudio, el amor por la lectura silenciosa, por el simple saber que siempre nos vacuna contra la barbarie.

Es preciso dar primacía a las materias culturales importantes frente al especialismo disgregador de otras disciplinas que se acomodan mejor a la actualidad pasajera, pero que carecen de contenidos formativos.

pero también es cierto que mantienen las tradiciones culturales y son ¡las que más nos ayudan a ser libres! El hombre es un ser cultural e histórico; no puede vivir como hombre si desconoce su historia y su cultura. Del pasado aprendemos a partir de los errores cometidos, pero sobre todo, valoramos los logros obtenidos para consolidarlos y aumentarlos.¹²

Tenemos que estar siempre alertas frente al peligro de desconocer la historia y la cultura. Sería la nueva realización de *Un mundo feliz*. Un estudio serio y riguroso, lecturas hondas y bien fundamentadas, la atención a verdaderos maestros, todo ello nos ayuda a la adquisición de un espíritu crítico constructivo, es decir, el hombre verdaderamente reflexivo no solo constata la situación tremenda de la realidad en que se encuentra envuelto, sino que toma conciencia de su responsabilidad para transformarla con valentía. Quedarse en la crítica está al alcance de cualquiera; el hombre verdaderamente formado, en lugar de denunciar, construye.

En la reflexión la persona va conociendo sus potencialidades para explotarlas al máximo y para poder construir una auténtica personalidad, y sólo en ella puede conocer la realidad sin deformarla, y adquiere al mismo tiempo la fuerza precisa para transformarla con valentía.¹³ Es solo entonces cuando se da una auténtica formación, ya que el hombre vive lo que piensa: “las ideas no se comprenden hasta que no se viven y dejan de comprenderse cuando dejan de vivirse”, la idea tan repetida por el P. Morales en su tarea educativa.¹⁴ Una pedagogía que pierda de vista esta clase de educación se limitaría a “fabricar” gregarios.

¹² Somos “enanos a hombros de un gigante” que es nuestra tradición cultural, nuestra filosofía, nuestra literatura, nuestra historia, nuestro arte, nuestra tradición religiosa.

¹³ Por otro lado, es imposible pensar con profundidad y orden si no se controla la imaginación y la sensibilidad.

¹⁴ El P. Tomás Morales nació en Macuto (Venezuela), el 30 de octubre de 1908. fundó el *Hogar del Empleado*: un movimiento apostólico de gran vitalidad que desarrolló múltiples obras sociales. Su vocación fundamental, donde derrochó todas sus energías y su radical capacidad de entrega, fue trabajar por alcanzar la incorporación plenamente responsable de los laicos en la misión evangelizadora de la Iglesia. Fruto de su labor en este campo fue su obra más importante: la fundación de los Institutos seculares *Cruzados de Santa María* y *Cruzadas de Santa María*, el movimiento apostólico juvenil *Milicia de Santa María*, y el movimiento familiar *Hogares de Santa María*. Sus experiencias y planteamientos educativos aparecen claros en su libro *Forja de hombres*.

La reflexión forma de tal modo a la persona que la impulsa a la acción. Sería estéril si terminara en una mera comprensión intelectual. La verdadera reflexión parte de la realidad y concluye en esa misma realidad. Solo ayuda a crecer cuando impulsa al compromiso.

Consejos a los educandos

1. Atención a las pequeñas actividades diarias para no ser esclavos de reacciones meramente instintivas.
2. Refrenar la curiosidad por saber novedades que nos hacen vivir en la periferia.
3. Escuchar. Más difícil que hablar, pero mucho más importante.
4. Leer. Sin prisas y eligiendo bien las lecturas.¹⁵
5. Hacer silencio, pues la reflexión sólo nace en clima de silencio.

Educar la voluntad

“‘Quiero’ es la palabra más rara, aunque quizá la más usada del mundo. El que llega a encontrar el terrible secreto del querer, aunque hoy sea pobre y el último, pronto aventajará a los demás”.

Lacordaire

La formación de la inteligencia constituye un fin noble; pero si lo que se persigue es una formación integral de toda la persona, es insuficiente. Y es que no es posible un desarrollo intelectual eficaz si la persona no tiene dominada su voluntad. El hombre es un conjunto de fuerzas maravillosas, pero a poco que reflexione se dará cuenta de que con frecuencia están en discordia en su interior; entendemos lo que es bueno, lo verdadero, pero cuántas veces no somos capaces de hacerlo.

Esta experiencia diaria nos ayuda a ser conscientes del papel fundamental que tiene en todo proceso educativo la formación de una voluntad fuerte, capaz de imponerse sacrificios si fuera preciso. O vivimos como pensamos o

¹⁵ Lecturas profundas, no las que excitan la imaginación y la sensibilidad, que no tienen otra meta que matar el aburrimiento de una tarde de vacaciones, sino las que enriquecen con hondura el espíritu.

terminaremos pensando como vivimos. No es suficiente desarrollar en el joven su poder de reflexión. Si no troquela su voluntad endureciéndola con el sacrificio, aquellas ideas quedarán para siempre sepultadas en la fría región de las disquisiciones especulativas, sin que descendan jamás a fecundar la vida. Es evidente que una de las mayores lagunas en la educación actual la encontramos en la escasa formación de la voluntad, la mayor de nuestras potencialidades. El hombre contemporáneo sufre –quizá más que en otras épocas– de atonía de la voluntad;¹⁶ parece que la comodidad lo domina todo y que el hombre queda como hipnotizado, sin fuerzas para enfrentarse a cualquier objetivo que suponga un mínimo esfuerzo.

Hoy se habla mucho a la cabeza del educando y muy poco a su voluntad y a su corazón. Es urgente, pues, la formación de la voluntad, dado que al hombre no le imponen sus instintos lo que obligatoriamente debe hacer, como ocurre en los animales; si la voluntad no se ejercita, el sujeto pasará a engrosar las filas de una masa más o menos amorfa.

No se da una verdadera educación de la persona sin que esta sea dueña de su voluntad; por ella el hombre se gobierna a sí mismo, llega a ser plenamente libre y puede hacer con su vida lo que quiera, por difícil que esto sea, incluso aunque no tenga demasiados talentos para ello. Solo cuando la voluntad vence las dificultades una y otra vez, genera hábitos que facilitan el obrar y van perfeccionando a la persona.

Con todo, la formación de la voluntad no es tarea fácil. Todos sabemos que la educación hay que proponerla, nunca imponerla, y que esta solo será verdadera en la medida en que formemos en la autonomía, en que cada uno se vaya formando a sí mismo. Los educadores tenemos que armarnos de paciencia y buen humor para animar continuamente a nuestros alumnos –a nuestros hijos– al esfuerzo. Si desde niños, en la propia familia, se les ha impulsado a metas de cierta dificultad, la tarea resultará relativamente sencilla.

¹⁶ “La educación supone el ejercicio del libre albedrío porque es moldeamiento de la voluntad y ésta, como libre, no se moldea destruyéndola, sino encauzándola, fortaleciéndola, dirigiéndola” (Ayala, 1947, vol. I, p. 651).

Empezar por tareas fáciles es siempre una buena ayuda, pues el éxito conlleva éxito y esto animará eficazmente, sobre todo al principio. Metas fáciles, pero claras. No es una meta clara, por ejemplo, decir que hay que ser responsables; hay que concretar en qué y enseñar a serlo en ejemplos prácticos. Es preciso poner alto el listón con modelos a los que imitar (el recurso a la lectura y los testimonios de vidas ejemplares; la mitología era un factor educativo de primer orden en la Grecia antigua). La voluntad se cansa no porque surjan obstáculos, sino porque estos ocultan aparentemente la meta. Hay que reavivar, por tanto, el sentido y la conciencia del fin que se quiere conseguir.

En este día a día todos vamos aprendiendo a conocernos,¹⁷ a descubrir nuestros defectos y nuestras cualidades, a aceptarnos –¡no siempre es fácil!– y a “educarnos” luchando con constancia. El hecho de “no cansarse nunca de estar empezando siempre” tiene más valor que el conseguir las metas propuestas. El ejercicio continuado por superarse a uno mismo termina engendrando una virtud. Para ello conviene:

- Proceder gradualmente, con tareas muy sencillas al principio. Requiere la repetición de actos día a día hasta que el aprendizaje en el esfuerzo sea un hábito.
- Ser muy realistas, no proponernos metas utópicas para nuestras fuerzas o nuestras cualidades.
- Asumir responsabilidades concretas (y estables).
- Valorar positivamente los logros, aunque no parezcan muy importantes.
- Apreciar siempre cualquier esfuerzo, pues todo esfuerzo es ya un éxito.
- Alternar el elogio y la corrección oportuna como ayuda eficaz en el proceso educativo (premio y castigo).
- Fomentar el volver a empezar ¡es tremendamente educativo! El fracaso es siempre aparente.
- No rehuir las dificultades, pues son las que más educan. Es importante hacer frecuentes ejercicios de dominio personal: no dejarse lle-

¹⁷ Conocerse nunca puede equivaler a una desgracia, ha de realizarse con alegría, con optimismo.

var de caprichos, favorecer la limpieza, el orden en la habitación, hacer los trabajos encomendados sin dejarse llevar de la pereza, llevar un pequeño horario que vaya ordenando toda la actividad (la hora de acostarse, de salir de paseo...). Son los pequeños detalles cotidianos los que más favorecen una voluntad fuerte y los que consolidan una personalidad, que no se deje llevar por la moda del momento.

Estos pequeños vencimientos en lo inmediato logran que la persona sea verdaderamente feliz, al comprobar que deja de estar esclavizada a lo que los instintos le sugieren.¹⁸ Solo quien lo experimenta es consciente del cambio tan importante que se produce en sí mismo.

La educación de la voluntad no termina nunca; supone irse forjando en el sacrificio: “esas contrariedades y esos sufrimientos físicos y morales son lo que dan temple de acero a la voluntad” (Ayala, 2006 p. 97).¹⁹ Esta afirmación puede resultar al menos chocante, dado el ambiente hedonista y superficial que nos rodea, pero es una realidad que los fracasos son solo aparentes, entrenan para no amedrentarnos ante las dificultades y lograr el éxito en la empresa iniciada.

La constancia es, pues, el valor fundamental para la formación de una personalidad auténtica. Las ideas geniales comienzan a ser reales cuando empiezan a vivirse en el día a día. Hacer un acto heroico está al alcance de cualquier fortuna, pero perseverar en la adversidad, en el día gris y anodino, cuando la pereza solo anima a la deserción, es de muy pocos.

Contemplación

¿Para qué esta formación? Para la contemplación y la acción. Nada más importante en el momento que vivimos. La acción solo será fecunda cuando brote de una intensa vida interior (imprescindible que una nos lleve a

¹⁸ No es más libre el que hace siempre lo que le apetece, sino el que conserva la capacidad de elegir libremente aquello que le hace más persona.

¹⁹ “Sólo sabe quien ha sufrido” (refrán griego del s. VI a. C.).

la otra).²⁰ Necesitamos más que nunca espacios de silencio como la mejor terapia para aprender a valorar la riqueza de nuestro mundo interior y poder recuperar fuerzas espirituales. El silencio es un valor imprescindible en el proceso formativo de una persona; en él se halla la base de la reflexión, sin la cual el hombre es incapaz de conocerse y, por tanto, de educarse.

La vida interior se asienta en la oración, en el trato asiduo con Cristo, recordando la llamada urgente de Juan Pablo II en *Novo Millennio Ineunte*: “el cristiano que no reza es un cristiano en riesgo”. Es indispensable para responder con coherencia a la llamada del mundo que reclama de continuo testigos vivientes de lo eterno. Necesaria para hundirse en la masa y seguir siendo fermento sin que el ambiente nos arrastre. En la oración se adquiere firmeza en las convicciones para no fluctuar sin un norte fijo y se reciben gracias abundantes para superar con garbo y paciencia pequeñas dificultades de la vida ordinaria. En ella, además, se percibe una realidad que en medio del activismo es muy difícil descubrir, la de un mundo que se paganiza y, al mismo tiempo, la responsabilidad que cada uno tenemos en evitarlo. Es imposible que con las solas fuerzas y cualidades humanas el hombre contemporáneo pueda arrostrar los graves inconvenientes de la cultura posmoderna que nos invade. La oración será siempre la mejor ayuda, pues nos hace invulnerables con la fortaleza misma de Dios.

Esta oración solitaria, en diálogo íntimo con el Creador y Señor de todas las cosas, ha de prolongarse a lo largo del día en cada actividad concreta, pues el ideal de todo bautizado es el ser contemplativo en la acción.

Acción

Porque es preciso que cada bautizado sea realmente líder en la sociedad que le rodea. Una educación integral solo es posible si se le imprime un carácter

²⁰ “La separación entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerada como uno de los más graves errores de nuestra época” (*Gaudium et Spes*, 43).

práctico.²¹ Junto al silencio, la actividad ordenada y constante, que permite el silencio interior; dos baluartes en la educación. Es cierto que vida interior y acción son dos realidades que se han de armonizar en toda persona que quiera vivir con plenitud su fe. Hay que saber alternar vida oculta y presencia vivificadora en el ambiente de trabajo o estudio, impregnar los valores humanos de una intensa vida sobrenatural. Una acción que se piensa con serenidad en ratos de silencio y reflexión profunda lleva siempre al éxito, es la mejor manera de forjar líderes para la sociedad. Es necesario mantenernos en el difícil equilibrio de estar entre dos extremos: ni hacernos tan al mundo que no nos distingamos en nada de los demás, ni, dadas las dificultades contemporáneas, huir del compromiso responsable de cambiar la pequeña realidad que podamos a nuestro alrededor, dedicándonos a una cómoda vida de falsa piedad (privada).

El cristiano es un contemplativo, pero en la acción, nunca en la sacristía; “contemplativos por los caminos del mundo”, como le gustaba repetir a Juan Pablo II. Es importante lanzar cuanto antes a la acción para que la experiencia ayude a ir rectificando y corrigiendo. Como no siempre es fácil, hay que enseñar a fracasar sin perder la ilusión.²² En la acción aprende el laico a hacer realidad lo aprendido en la contemplación, es la clave de su formación, pues en ella se forjan los mejores caracteres: el secreto de la educación está en lanzar a los jóvenes a actuar, impulsarlos a la acción.

¿Cómo? Principio fundamental es que “a nadar se aprende nadando”. Actuar con prudencia, pero con valentía, con serenidad, pero con ardor; se aprende en la propia cantera de la vida, fallando muchas veces y aprendiendo de los errores cometidos. Es la educación por la acción el método más rápido y eficaz de lograrlo.²³ Se trata de encomendar responsabilidades a los jóvenes que formamos (hacer-hacer); no solo para vencer la pasividad, sino sobre

²¹ Ver, juzgar y actuar, (herencia directa de la pedagogía del P. Ayala).

²² Elemento innovador en la pedagogía del P. Morales.

²³ “Para saber lenguas, hablarlas; para hacer matemáticas, resolver problemas; para saber hacer zapatos, hacerlos” (Ayala, 2006, p. 24).

todo para estimular su creatividad y decisión para acometer nuevas tareas. Implicar a otros significa, además, hacerles también responsables de lo encomendado y conlleva otras ventajas: es imprescindible el olvido propio para entregarse a la actividad, se despiertan cualidades muchas veces latentes en la persona, se multiplica la acción de forma rápida.

Vivir esta preciosa síntesis es la mejor manera de colaborar al desafío del secularismo reinante, que ha dado la espalda a la trascendencia. El reto, sin lugar a dudas, es apasionante.

Posibles inconvenientes a superar

1. *La falsa prudencia.* Esconde mucha pereza y comodidad, nos dejamos arrastrar por la ley del mínimo esfuerzo y preferimos que sean otros los que abran nuevas rutas, es más fácil y no se corre el riesgo de equivocarse. “Atreverse sigue siendo la mejor manera de alcanzar el éxito”. Cavilar con exceso favorece también la inacción, pues con frecuencia perdemos el más mínimo sentido común, saliéndonos de la realidad por dejarnos llevar de la imaginación o del sentimentalismo.

2. *El miedo a exigir.* El deseo innato de agradar nos dificulta el exigir a otros.²⁴ Se trata de exigir pero dando un porqué y con una gran dosis de amor, para no pedir más de lo que el otro pueda dar. Es decir, con firmeza y suavidad.

3. *El desaliento ante las primeras dificultades.* Solemos tener todos cierto virus perfeccionista y pensamos que es necesario estar muy bien preparado, que es mejor no hacer algo que hacerlo mal. No nos damos cuenta que el que no hace nada es evidente que nunca se equivoca, pero tampoco aprende. Esta postura esconde una buena dosis de orgullo, de temor a quedar mal, a fracasar, sin ser conscientes de que la mejor manera de actuar con eficacia es habernos equivocado muchas veces. La acción se perfecciona en la acción.

²⁴ Tenemos que tener en cuenta que la exigencia más eficaz es la que brota de dentro, ha de ser autoexigencia, para que la persona sienta el gozo de darlo todo, sin coacción exterior.

Hay que perder el miedo al ridículo, saber fracasar –alegrarnos incluso del fracaso, pues nos ayuda a conocernos mejor.

Con todo, no contamos con ninguna solución mágica para educar. La educación siempre es un arte (un ordenador puede enseñar, pero nunca educar; esta actividad es propia solo del hombre); como todo arte, tiene que contar con mucho amor y mucho “oficio”. No puede darse verdadera educación sin mucho amor; quizá pueda conseguirse cierta instrucción, pero nunca educación. Para educar se requiere transmitir vida y esta no se puede dar sin mucho amor. “Los hombres se conquistan con obras, no con palabras”, aconsejaba san Bernardo a su hermano Bartolomé. El mundo tan permisivo que nos rodea está harto de palabras, necesita autenticidad, coherencia entre la forma de pensar y de actuar, vidas entregadas; solo la coherencia de vida se convierte en conquistadora y suscita seguimientos radicales en otros.²⁵

Tenemos que llenarnos de alegría porque el mero hecho de estar hoy aquí reunidos ya dice mucho de la coherencia de sus vidas. Mucho ánimo en la apasionante tarea que nos espera.

Bibliografía

La bibliografía correspondiente se ha ubicado al final del libro.

²⁵ Ante la indiferencia de un mundo que ve las cosas solo de tejas para abajo, parece que el evangelio se introduciría mejor si se presentara de forma menos radical, haciendo más concesiones al “público”. Tenemos que desengañarnos y no claudicar nunca por el halago de la vanidad o el miedo a chocar, por no atrevernos a ser diferentes. Pero la verdadera fuerza de la evangelización que el mundo espera radica precisamente en la identificación total con un evangelio sin páginas arrancadas.